100 AÑOS DE fútbol

EL FUTBOL DEL 12



CESAR L. GALLARDO

100 AÑOS DE fútbol

HISTORIA DEL FUTBOL URUGUAYO

Jueves 11 de diciembre de 1969.

DIRECTOR
Franklin Morales
ASESOR DE LA DIRECCIÓN
Eduardo Gutiérrez Cortinas
AYUDANTE DE LA DIRECCIÓN
Rafael Bayce
DIAGRAMADO
Horacio Añón

EDITOR
Julio Bayce
Editores Reunidos
Cerro Largo 949 Tel. 8.03.18 Montevideo. Uruguay

DISTRIBUCIÓN GENERAL
Arca S. R. L.
Colonia 1263 Tel. 8.32.00

DISTRIBUCIÓN INTERIOR,
QUIOSCOS Y CANILLITAS
Distribuidora Uruguaya
de Diarios y Revistas
Ciudadela 1424 Tel. 8:51.55

PUBLICIDAD
Vértice
Solís 1563 Tel. 9.13.22

Impreso en Uruguay por Impresora Rex S. A.
Gaboto Nº 1525 — Teléfono 4.90.48
Hecho el depósito de ley. - Amparado en el Art. 79 de la Ley 13.349 (Comisión del Papel)
Copyright EDITORES REUNIDOS

LA DIRECCIÓN NO COMPARTE NECESARIAMENTE LA OPINIÓN DE LOS AUTORES.

3

Las circunstancias quisieron que en la misma tarde —allá en Belvedere— se estrenara la camiseta celeste y por primera vez se reunieran, exprofeso, los cultores del "pase corto" introducido por Harley, una corriente que culminaría más tarde en el gran fútbol del 12 para muchos el mejor que haya existido. Todo fue un proceso de decantación: allí el futbolista criollo plasmó en la cancha todo su sentido estético.

EL FUTBOL DEL 12

CESAR L. GALLARDO



Vueltos a las luchas locales fue tomada esta fotografía al mismo equipo de Nacional de la victoria del 13 de setiembre de 1903, que quebró circunstancialmente la hegemonía argentina. — Era aún el período "del pase largo".

A lo largo de la historia del fútbol nuestro, todos los que mantienen el triste privilegio de los años coinciden en que las dos expresiones de más alta jerarquía producidas "en la casa" se concretan, por un lado, en la que nos sirve de título a esta evocación y por el otro, en la que obtuvo en 1930 el primer Campeonato del Mundo organizado por la FIFA.

Nosotros suscribimos de buen grado tal criterio, sin perjuicio de asumir la responsabilidad que de él se deriva, en cuanto integra el reconocimiento de una verdad histórica que al irse transformando poco a poco en leyenda, va perdiendo sus perfiles para convertirse en un cuento de viejos destinado a provocar una sonrisa indulgente.

Y sin embargo tal afirmación encierra una realidad sostenida no sólo por los resultados obtenidos —fórmula realista a la que rinden vasallaje "los modernistas de la hora"— sino también por el concepto admirativo que surge en el extranjero cuando se maneja la historia del fútbol "celeste". Reconstruir ese proceso es contribuir a su legítimo conocimiento por las nuevas generaciones, disipando a la vez tantos errores que circulan en el ambiente respecto a aquellas figuras a las que tanto se las aureola como "superhombres" como se les confina en el lote de los que "jugaban a caballo", según la pintoresca expresión. Ni tanto ni tan poco.

JUAN HARLEY Y NUESTRA ESCUELA

El "fútbol del 12" —representado por el equipo seleccionado de entonces— no puede ser considerado un punto de partida ni una flor exótica sin antecedentes ni consecuencias. Es un momento culminante dentro de una etapa iniciada dos años antes, y un modelo en el que se inspiraron las generaciones que surgieron a continuación hasta el canto de cisne de Santa Beatriz (1935), ciclo que en realidad se había cerrado con la consagración de 1930.

Tal cual si los hombres del 12, restringidos al medio estrecho del Río de la Plata, florecieran, como en el milagro de Fausto, en sus he-



Vicente Módena según la caricatura de la revista "LA SEMANA" de 1910. Se le llamaba "Mondeja". Era un puntero veloz que dominaba las dos piernas. Fue el primero, junto a Dacal, en desarrollar un "tuya y mía" que aún se añora como el juego "de ala".

rederos de la generación olímpica, éstos pasearon por el mundo la más hermosa versión de fútbol que se haya conocido.

Pero como hemos referenciado a una etapa iniciada en 1910 como punto de partida del gran fútbol del país, fuerza es explicar qué había sucedido antes si se tiene en cuenta que el deporte oficializado tenía ya diez años.

En ese primer período —1900 hasta la aparición de José Piendibene como centro delantero— el fútbol local iba evidentemente a la zaga del que se desarrollaba en el medio argentino, el cual, contra lo que supone Pedro Escartín en su libro "Técnica y Estrategia del Fútbol de Hoy", no fue descubierto con posterioridad a su presentación en nuestro país: el proceso se operó precisamente a la inversa. Es exacto, tal como lo afirma el mencionado árbitro y comentarista español, que el deporte llegó al Uruguay importado por los funcionarios de compañías inglesas —de ahí el nacimiento, entre otros, del club Peñarol— pero no lo es menos que para ese entonces y obedeciendo a idéntico desarrollo, ya existía en la Argentina el club Rosario Central, que debe ser considerado como la institución futbolística decana de América sin temor a discusión alguna respecto a ese título.

La semilla que proliferó luego en un bosque maravilloso germinó a una y otra orilla del río común conducida por los mismos hombres, pero fue sembrada con anticipación en tierra argentina. Y así surge el reconocimiento expreso en aquella época de la superioridad del fútbol que se jugaba en el país vecino, a pesar de la significación ineludible del histórico triunfo del 13 de setiembre de 1903. Así se explica igualmente que mientras los equipos ingleses que llegaban al Plata se imponían acá por marcadores contundentes, con la también excepción honrosa de aquel insólito 2 a 1 del Everton en 1909, en cambio los resultados registrados en Buenos Aires proclamaban ya las dificultades con que iban tropezando los maestros para vencer a sus alumnos, sin perjuicio de que éstos pudieran saborear la alegría de alguna estruendosa victoria como aquélla arrancada frente al Sud Africa en 1906, lograda con el legendario gol de Alfredo Brown mientras el combinado uruguayo apuraba un nuevo 6 a 1 en contra. No han transcurrido tantos años desde que el feliz goleador de aquella tarde paseara su bohemia por las calles de Montevideo, donde se había confinado, rememorando con un infaltable vaso de whisky su hazaña inmortal.

El tipo del jugador de ese tiempo, poseía, casi desde el origen mismo, algunas de las aptitudes básicas del futbolista medio pero proclamaba la ausencia de alguna de tipo especial. Fundamentalmente el sentido del pase, si por tal ha de entenderse la entrega del balón a un compañero anulando adversarios en su recorrido y no el simple servicio lateral sin el mínimo sentido ofensivo.

De un modo singular, el defecto se ponía en evidencia en materia de hombres de avance, todavía imbuídos de un concepto primitivo de la acción, en base a la velocidad de la carrera; de una habilidad que podía considerarse innata en el uso del "dribbling" y a una pujanza física que en más de un caso lindaba con el desenlace brutal.

Con todo, una relativa orientación del juego combinado se gestaba en lo que dio en llamarse "el juego de **las alas**", con su máxima expresión en el binomio integrado por Vicente Módena y Pablo Dacal en nuestro River Plate de 1908.

Es un período que podríamos calificar enfáticamente como del "pase largo" imitado de lo que se veía hacer al formidable Alumni, heredado a su vez de la escuela inglesa a través de las lecciones prácticas que se recibían de los equipos de ese origen.

Pero en 1909 se produjo en el Uruguay futbolístico un acontecimiento que si pasó al principio un tanto inadvertido no obstó a que casi de inmediato se apreciara su enorme trascendencia: la incorporación de Juan Harley al "once" de Peñarol. Escocés de nacimiento y de formación deportiva, implantó de inmediato las normas de una escuela distinta a la inglesa hasta entonces en franca vigencia.

Ésta practicaba el juego largo, al imperativo de lo que se entendía por mayor ejecutividad y contenido atlético; la recién llegada, el pase corto destinado a producir un sentido más técnico e indiscutiblemente más bello. Dos tendencias nacidas en un mismo territorio geográfico, aunque con tradiciones religiosas, históricas y deportivas distintas,

Pablo Dacal, conocido por "Charranco". Además "del juego de ala" fue el primer "mulero". El 15 de agosto de 1911, imitando la voz de Jorge Brown gritó "dejala Juan" a su hermano y compañero de zaga Juan Brown.



transportaron al mundo futbolístico su eterna discusión en procura de una definición del conflicto táctico.

"El juego en corto sólo lo emplean aquellos equipos que no son capaces de jugar el auténtico fútbol de pase largo" fue el aforismo de raigambre inglesa en la defensa de sus principios. "El juego de servicio corto es arte que no vive en todas las mentalidades" fue la doctrina escocesa afirmada en el orgullo que nacía de una cadena de victorias sobre el clasicismo inglés. La influencia de Harley en nuestro medio fue decisiva en cuanto a modificar radicalmente el panorama técnico y táctico del fútbol criollo. Es discutible si fue el primero que aportó la norma de apoyar a los delanteros: antes que él lo habían insinuado el francés Carlos Mongay en el Nacional de 1905 y Ceferino Camacho en el Peñarol de su tiempo. Pero lo que no admite discusión es que ni uno ni otro formaron una escuela. Esa fue en cambio la obra de Harley y por ella merece la consideración que se le tributa.

Lo fundamental del cambio aportado tiene que ver con la transformación total operada en las normas de juego, en el cambio del estilo y en el abandono del padrón inglés enseñoreado de los campos del Plata, para dar paso a la escuela escocesa de la que provenía el centrehalf que de Ferrocarril Oeste argentino —siempre el mismo origen ferrocarrilero— pasó a Peñarol, según se cuenta, a pedido expreso de José Piendibene que había advertido jugando contra él, el amplio panorama que se insinuaba. Por eso mismo, cuando se habla de "escuela o táctica uruguaya", debe recordarse el punto de partida y la ineludible ascendencia impuesta por Harley para encontrar el vínculo hereditario y para explicarnos el señorío que "el pase corto" imprimió en el fútbol del Uruguay, hasta llevarlo a las más altas cimas alcanzadas por el deporte en el mundo.

Claro está que Harley necesitaba de intérpretes que asimilaran lo que era entonces nueva orientación técnica y táctica del juego, sin los cuales es factible suponer que los esfuerzos del gran escocés se hubieran estrellado en el vacío. Fundamentalmente el impulso revolucionario iba a afectar la norma clásica de los avances, sustituyendo el engarce de "las alas" con la relativa prescindencia del eje del quinteto, por la acción centralizada de los tres interiores.

A las aptitudes originarias de los delanteros de la época fue preciso agregar un nuevo fundamento: el pase corto. No corrió mucho tiempo sin que se tuviera la evidencia de que la semilla había caído en tierra



Este es el seleccionado uruguayo que jugó en 1910 en Buenos Aires durante las grandes celebraciones del Primer Centenario de la Revolución de Mayo. El segundo a la izquierda de los jugadores de pie es Juan Harley, incorporado un año antes al CURCC. Los nuestros perdieron por 4 a 1.

fértil. A raíz del fracaso del equipo uruguayo en el Campeonato Sudamericano Especial de 1910, organizado por los argentinos como parte de los festejos del Centenario de Mayo, se aguardó la oportunidad de la disputa de la clásica Copa Lipton en Montevideo, para presentar el nuevo modelo del fútbol nuestro. José Piendibene, que ya había hecho sus escarceos por el centro de la línea de ataque, sólo que bajo los viejos moldes, pasó a ser el gran protagonista asistido de sus dos lugartenientes afiliados como él a los principios del dogma de Harley: Pablo Dacal y Carlos Scarone.

El público deportivo de Montevideo y con él los jugadores y dirigentes argentinos que cruzaron el río a ratificar el 4 a 1 de la final de Mayo, asistieron en un 15 de agosto histórico al acontecimiento que significó la versión de un fútbol distinto: más bello, más sutil, más artístico y tanto más eficaz como para escribir con la victoria de ese día, la primera página de una historia que habría de cerrarse con alternativas en aquel 30 de julio de 1930 a que aludiéramos.

Veinte años de campañas famosas, de triunfos brillantes, de consagraciones mundiales, dijeron de un fútbol al que se podía calificar, sin incurrir en absurda exageración como el mejor del mundo, interpretado por hombres que habían llegado al grado máximo del perfeccionamiento accesible al esfuerzo humano. Pero de todas las condiciones de que pudieron enorgullecerse con justicia los jugadores que escribieron esa historia, ninguna alcanzó el contenido técnico que significó el nuevo sentido de la combinación, al amparo del pase corto, cultivado con un dominio absoluto de todas sus exigencias, que abría brechas en las defensas impotentes para desembarazarse de esa red sutilísima que iban tejiendo, en el ir y venir de la pelota, los tres centrales de las grandes líneas uruguayas de aquel período.

EL FUTBOL URUGUAYO NACIO EL 15 DE AGOSTO DE 1910

El proceso que desemboca en el cuadro del 12, merece, en función de su gravitación histórica, un análisis más completo como para imponer al lector una idea precisa de su desarrollo y culminación.

La estruendosa derrota de mayo planteó a la dirección del fútbol la necesidad de un profundo cambio en la selección de los jugadores a los que había que confiarse la representación vernácula, atento a la frecuencia de los encuentros anuales con los vecinos del Plata.

Basta recordar que se disputaban las Copas Lipton y Newton, las medallas de los Ministerios de Instrucción Pública de ambos gobiernos, los partidos a beneficio de los Círculos de la Prensa y todavía, los clásicos compromisos con las selecciones de Rosario de Santa Fe, tan importantes por aquella época como los concertados con los futbolistas de Buenos Aires, habida cuenta del poderío de los personeros de la ciudad del Paraná.

Especialmente la Copa Lipton engendraba un interés por encima de las otras convocatorias por dos circunstancias. Por un lado porque de

Aquí "nace" el fútbol uruguayo. Fue en la cancha de Wanderers en Belvedere la tarde del 15 de agosto de 1910. La delantera se reconstituyó sobre la base del pase corto introducido por Harley y ese día Módena, Dacal, Piendibene, Carlos Scarone y Zibechi no sólo estrenaron la camiseta celeste junto a sus compañeros, sino que vencieron brillantemente a los argentinos por 3 a 1. Fue por la legendaria Copa Lipton que constituye un hito en la historia del fútbol uruguayo.

acuerdo a la reglamentación establecida por su donante además de su finalidad benéfica en cuanto al destino de la venta de entradas, era requisito exigible que los equipos debían estar integrados exclusivamente por nativos de Uruguay y Argentina, lo que radiaba de las competencias algunas figuras extranjeras incorporadas en los conjuntos locales. Vayan por vía de ejemplo Harley, Buck y algún otro de gran jerarquía, cuyo nombre se nos pierde en la memoria. La otra razón estaba imbuída por un sentido de profunda admiración hacia Sir Thomas Lipton, consagrado en el deporte como "el hombre que mejor sabe perder en el mundo", título recogido por aquel viejo sublime que años tras año perseguía con el mismo afán y con el mismo fracaso, la consagración de un triunfo siempre esquivo en la famosa Travesía del Atlántico en barcos a vela. Nunca formuló un reproche ni una lamentación en su desazón deportiva, hasta el día en el que la muerte se lo llevó, hurtándole la satisfacción de un éxito por el éxito mismo.

Los 4 a 1 de Buenos Aires habían calado hondo en el espíritu de los hombres de la Asociación, provocando una reacción a fecha fija: 15 de agosto, día de fiesta religiosa —Santa María— establecida para la forma alternada en ambas capitales. Pero la reacción tenía un contenido específico referido a una modificación en la constitución de la delantera local, formada en base a la nueva doctrina impuesta por Harley: Módena, Dacal, Piendibene, Scarone y Zibechi.

El espíritu renovador se manifestaba de manera evidente en los cuatro primeros nombres mencionados, al par que se le otorgaba una especie de reválida en cuanto a su facultad de asimilación de los nuevos cánones, al en cierto modo veterano "Perucho" Zibechi, el primero de una familia de grandes del fútbol —Alfredo y Armando, ambos centre-halves— que venía destacando su personalidad en el equipo de Peñarol desde 1905.

Lo que se gestó en aquella tarde histórica vivida en el campo de Belvedere —sede del viejo Wanderers— por encima del resultado numérico (3 a 1 favorable al conjunto locatario) ha quedado establecido ya en lo que queda escrito. Allí nació el fútbol uruguayo llamado desde entonces "celeste" por el color de la blusa que se vistió por primera vez, como si también a ese detalle le alcanzara el impulso renovador y el afán de romper lazos que lo vinculaban a un pasado definitivamente superado.

Pero no era cuestión de suponer que se había alcanzado "de la cima inmortal el alto asiento" sino que el episodio estaba implicando por su propia resonancia, la necesidad de una ratificación. Fue necesario aguardar la disputa del clásico trofeo exactamente un año, el 15 de agosto de 1911, esta vez en campo argentino, para que perdiera valor el socorrido argumento de la influencia del medio local, al que recurrió parte de la crítica porteña para quitarle entidad a la derrota de Belvedere.

Allá fue el equipo uruguayo dispuesto a ratificar el sensacional triunfo de un año atrás, galvanizado si cabe con la presencia de otros valores, identificados todos en la nue-

Jorge Pacheco, half del Club Nacional e integrante de los seleccionados de la época.



HASTA LLEGAR A LA CELESTE

Son innumerables los aficionados que se preguntan cómo, dónde y por qué se estableció el color celeste para el representativo nacional. Esta es la pequeña historia de las transformaciones.

El triunfo del 13 de setiembre de 1903 —que correspondió al fútbol del país cuya defensa asumiera Nacional por decisión de la "Liga"— se consiguió con camiseta azul, con una franja blanca de arriba a abajo y de derecha a izquierda, que llevaba una pequeña bandera uruguaya sobre el costado izquierdo del pecho.

En 1904, para jugar contra el Southampson se vistió camiseta blanca y pantalón negro. Dos años después al enfrentar al South Africa se utilizó camiseta mitad roja y mitad azul. En 1907, para disputar la Copa Newton, se vistió camiseta azul y blanca con una franja transversal roja. Al año siguiente Uruguay apareció en la cancha con los colores albicelestes, agregando las iniciales L.U.F., correspondiente a Liga Uruguaya de Football.



El famoso River Plate la tarde en que derrotó a Alumni por 2 a 1, vistiendo camiseta celeste pues los colores de ambos era albirrojos. De este partido surgió la idea de tomar el celeste para distinguir al representativo nacional.

En 1910 se llegaría al color celeste a iniciativa de Ricardo Le Bas, apoyada por Héctor R. Gómez "quien hizo suya la moción", de acuerdo al tradicional funcionamiento parlamentario inglés a que se ajustaba la Liga. Le Bas propuso el celeste a raíz de una amistosa sugerencia de los dirigentes argentinos que entendían que los colores albicelestes les correspondían. Tomó el celeste de un partido donde el viejo River Plate de Benincasa venció al célebre Alumni por 2 a 1: ambos tenían camisetas albirrojas, por lo que nuestro River se presentó luciendo el celeste.

El 15 de agosto de 1910, el equipo uruguayo derrotaba en Belvedere por 3 a 1 al cuadro argentino: vestía por primera vez la camiseta celeste que desde ahí en adelante se cubriría de gloria.

Cuando se habla del "equipo del 12" hay que hacer una precisión; se perdieron dos partidos donde no alinearon los titulares. Después comenzó el ciclo, cuando Uruguay pudo disponer de todos sus formidables jugadores. Aquí está el equipo con "el maestro" en "la defensa". De pie, de izquierda a derecha, Martín Aphesteguy, José Piendibene, Cayetano Saporiti, José María Durán, Jorge Pacheco y Alfredo Foglino. Sentados: Vicente Módena, Pablo Dacal, Angel Romano, Carlos Scarone y José Benincasa.



va corriente, ya definitivamente enraizada en el fútbol local.

La nota más novedosa fue la presencia de tres nombres absolutamente inéditos en el orden internacional: José María Durán en la plaza de eje medio, donde habría de consagrarse un año después, Angel Romano y Pascual Somma, componentes del ala izquierda y cuyos nombres, de un modo especial el primero, habrán de repetirse a lo largo del tiempo hasta saciarse de glorias.

El bautismo de fuego para los novicios de aquella tarde no pudo ser más propicio: un 2 a 0 fue la parca expresión numérica para tanto derroche de fútbol depurado, brillante y positivo a la vez, como el que exhibió ante la sorpresa atónita del público argentino aquel equipo al que la opinión de la gran urbe vecina, había dado por liquidado de antemano en el afán empecinado de no admitir el fin de su reinado futbolístico.

A partir de ese momento se sucedieron los encuentros entre argentinos y uruguayos, alternándose éxitos y derrotas, fundamentalmente en lo referente a éstas, por un prurito de los seleccionadores de la época —mal endémico como puede apreciarse, incorregible en el tiempo— de modificar el equipo en cada nueva versión, haciendo así perder unidad al accionar del conjunto.

Pero "toda carta tiene contra y toda contra se da" como dice el tango y tal sucedió cuando ya al finalizar la temporada de 1911 se jugó el último internacional del año como para dejar liquidado el pleito de la superioridad frente a la incógnita de la temporada siguiente. El encuentro se disputó en el Parque Central y terminó con un rotundo 3 a 0 a favor de los "celestes". Fue en esa oportunidad en la que Juan Brown, gran zaguero argentino y cifra y espejo de deportistas, "bautizó" a José Piendibene con el título de "maestro", a raiz de haber señalado el centro delantero dos tantos casi consecutivos después de haber esquivado la vigilancia de Juan y Jorge, la gran pareja del Alumni y de las selecciones argentinas de entonces.

Pero no estaba "todo dicho"; había que llegar hasta cansar a la victoria y aconteció casi de inmediato.

JOSE MARIA DURAN Y PIENDIBENE EN LA EPOPEYA DEL 12

Cuando se habla del "equipo del año 12" es necesario formular un esclarecimiento que facilite la comprensión de la idea. En ese período se compusieron, por imperativo de las circunstancias, varios conjuntos que asumieron en algún caso, bien que eventualmente, la representación del fútbol patrio en diversas instancias internacionales, y con variada fortuna. Pero hay uno de ellos que entre el 15 de agosto —fecha clásica en los anales del fútbol ríoplatense— y el 6 de octubre disputó siempre con la misma integración cuatro partidos internacionales con selecciones argentinas, reteniendo al cabo de ellos su condición de invicto con tres victorias y un empate, nueve goles a favor y tres en contra, con la particularidad de que estos últimos se le señalaron en el último partido que terminó empatado.

Ese es el auténtico "equipo del 12" que ha pasado a la historia grande del fútbol del país, porque por encima de la expresión material de sus actuaciones reflejadas en los resultados, ha quedado el recuerdo de un fútbol no superado en el devenir del tiempo por su belleza, su con-

José Piendibene fue una de las figuras sobresalientes de aquella excepcional generación. Comenzó a jugar en Pocitos, en el "Buenos Aires F. C." y a distinguirse en aquella zona, poderosa cuna futbolística. En 1908 pasó al CURCC, ya llamado el equipo "de Peñarol" en alusión al sitio de origen, donde lo suyo haría escuela.



tundencia y por una sensación de superioridad que causaba en sus adversarios, de la que se hizo eco la propia crítica argentina de la época. Veamos el proceso de la campaña cumplida a lo largo del año.

El 25 de febrero —plena temporada de verano— se jugó en el campo de Independiente argentino un partido con fines de beneficencia entre argentinos y uruguayos, presentando éstos el siguiente equipo: Cayetano Saporiti; Miguel y Martín Aphesteguy; Jorge Pacheco, Juan Harley y Carlos Márquez Castro; Vicente Módena, Antonio Márquez Castro, Santiago Raymonda, Felipe Canavessi y Angel Romano. Como puede apreciarse estuvieron ausentes José Benincasa, José María Durán, Alfredo Foglino, Pablo Dacal, José Piendibene y Carlos Scarone. Para colmo de males a los veinte minutos del primer tiempo se lesionó Harley quedando el equipo hasta el final con diez jugadores, ya que la reglamentación vigente no autorizaba la suplantación ni siquiera del arquero aun en compromisos de índole amistosa. Ganó el once locatario por 2 a 0.

Ya avanzada la estación invernal había llegado al Río de la Plata un cuadro inglés —el Swindon Town— que se anunciaba como el mejor equipo del momento en su país lo que equivalía a considerarlo el más poderoso del mundo habida cuenta del absoluto dominio que el fútbol británico ejercía en todas las latitudes.

La presentación de "los rojos" —tal era el color de la casaca que vestían— en Montevideo, luego de una campaña de resultados variables en cuanto a la certificación de su real poderío realizada en canchas argentinas, concidió con un momento poco feliz del medio local. Lesionados e imposibilitados de actuar José Piendibene y Angel Romano, irremplazables en el ataque; a punto de irse del país en forma definitiva Ramón Ríos, que había llenado satisfactoriamente la plaza de half izquierdo en la temporada anterior y muy por debajo de su magistral rendimiento Juan Harley como consecuencia de una afección a la vista que lo radió de la actividad parte del año, el panorama no era alentador en cuanto a las perspectivas del partido con los todavía reputados como "maestros" del fútbol en el mundo. Pero como no se podía renunciar al partido concertado y a las enseñanzas que de él podían recogerse se resolvió "ir a Roma por todo" corriendo los riesgos consiguientes Saporiti; J. Benincasa y Martín Aphesteguy; Pacheco, Durán y Ríos; Módena, Lucio Gorla, Dacal, C. Scarone y Juan C. Campistegui.



José María Durán hizo su bautismo de fuego en el partido revancha de aquel jugado en Belvedere en 1910, disputado el año siguiente en Buenos Aires. Fue el protagonista de la anécdota del 22 de agosto de 1912 en el Parque Central que relatamos: da idea de su popularidad y pinta toda una época.

El resultado —3 a 0 a favor de la visita— signó de manera contundente la diferencia de poderío de los conjuntos en pugna, al par que proporcionó a la crítica porteña una oportunidad más para blasonar de superioridad. Genio y figura.

Apenas cuarenta días más tarde la Copa Lipton convocaba a argentinos y uruguayos en su fecha tradicional del 15 de agosto, esta vez en el Parque Central, modesto como el medio de hoy pero con historial brillante.

Allí apareció por primera vez "el gran equipo del 12" a tono con la VIII disputa del trofeo legendario. Estaba en juego una rivalidad que en sus dos versiones anteriores había acusado la superioridad "celeste", lo que reclamaba un esfuerzo de la visita para "cortar la redoblona" que iba en camino de hacerse definitiva.

A ese fin Argentina estructuró un conjunto en el que aparecían como lo más saneado del fútbol de entonces: Wilson; Juan y Jorge Brown; Morroni, Max. Susán y Ernesto Brown; Ohaco, Ameal, Dannaher, Harris Hayes y Viale. Y para responder a un imperativo de victoria que surgía en el recuerdo de aquel 15 de agosto de 1910, continuado con la reiteración de un año después en campo argentino, salió a la cancha la fórmula celeste a la que se había llegado después de balancear todos los antecedentes disponibles: Saporiti; J. Benincasa y Martín Aphesteguy; Pacheco, Durán y Foglino ("debutante" y que nos perdonen el galicismo); Módena, Dacal, Piendibene, C. Scarone y Romano. Ganó Uruguay por 2 a 0, tantos de Dacal y Scarone y así sintetizaba un periodista su opinión sobre el juego: "El impulso del sentimiento local, haría decir al cronista que el triunfo uruguayo fue disputado en un match brillantísimo, sin precedentes en nuestros anales deportivos. Y tal vez, obedeciendo a idénticas consideraciones lógicas, emitan

nuestros vecinos el comentario diametralmente opuesto. Pero, para el observador que hubiera podido ubicarse en un plano alejado de los sentimientos que dominan a los sportmen de ambos países, la opinión variaría. En el primer halftime, en efecto, cuando la lucha estuvo equilibrada, el encuentro fue lindo, pródigo en interesantes peripecias, con abundantes momentos dignos de despertar el entusiasmo.

Pero no así en la segunda parte de la jornada, cuando una supremacía ininterrumpida de los uruguayos —supremacía que por largos ratos tuvo serios aspectos de dominio— no podía dar a la pauta del juego un carácter emocionante. Eran dos fuerzas equilibradas: constante ataque por una parte; empeñosa defensa por la otra. Tanto que, si el resultado del match fue para los nuestros una coronación brillante de sus esfuerzos, constituyó moralmente para los argentinos, exclusión hecha del score, un verdadero desastre". Y más adelante agrega: "Del equipo uruguayo, cabe decir que todas las líneas se superaron. En la intermedia, Durán encarnó la figura prominente del field, no haciendo lamentar a Harley. Siguióle en méritos y muy corta distancia, Jorge Pacheco. Fuggini (así se le conocía entonces a Foglino) debutante en matches de esa índole, disonó en el primer half del armónico conjunto, para acompañarlo dignamente en el segundo. Los backs, notables por igual, fueron vencidos una sola vez después del intervalo y muy escasas en la etapa inicial, lo que ya constituye merecimiento, y Saporiti, en muy pocas veces requerido, estuvo a la altura de su brillante foja de servicios. El quinteto de forwards, guiado por Piendibene como sólo él sabe hacerlo, fue lo que debía ser, una fuerza conciente y poderosa, cuyos esfuerzos convergían invariablemente hacia la meta propuesta. Verdad es que, en los primeros momentos, Scarone y Romano hicieron dudar; pero más tarde su rehabilitación fue completa y admirable la cohesión del ataque en el que Módena y Dacal hicieron una vez más la notable pareja de otros tiempos". Por tercera vez consecutiva, la Copa Lipton quedaba en la casa. Sólo que la epopeya recién empezaba. Apenas una semana después, exactamente el día 22 del mismo agosto, se disputó un nuevo encuentro por el premio del Ministerio de Instrucción Pública de nuestro país —obsérvese de paso la contribución de los organismos públicos a las fiestas deportivas— y que en los hechos, tenía la significación de una revancha que el ganador de la Lipton concedía a sus vencidos del 15. Así lo entendió la Asociación Argentina quien introdujo modificaciones en su seleccionado: C. Russ sustituyó a Peel Yates, en la línea media y J. González, A. Watson Hutton y S. Buck a Alberto Ohaco, Ameal y Dannaher respectivamente en el ataque.

Como nota curiosa cabe destacar que Buck, jugador europeo, había defendido los colores uruguayos en la tarde de la derrota de Mayo de 1910 a la que se ha hecho referencia.

El conjunto celeste se presentó con la misma integración de la Lipton, no sin antes apurar un momento de incertidumbre para cuya información recurrimos a una nota periodística de la época.

"Eran las 3 de la tarde. Y un rumor había invadido todos los ánimos, como una triste perespectiva para el éxito de los nuestros: Durán no ha llegado todavía! ... Todas las esperanzas parecen caídas con motivo de esta triste novedad, que cunde de boca en boca, como un fatal desconsuelo. Los encargados del team han llamado a Betucci para que lo sustituya, ya que no habiéndose comunicado nada y apareciendo la duda, no podía presentarse el equipo sin su necesaria complexión, es decir, sin estar completo en sus líneas. Mientras tanto, las esperan-

Football.- Uruguayos 3 Argentinos 0



Esta composición fue publicada en 1912 en la revista argentina "La Semana Universal", siete días después del partido jugado por el "Premio Ministerio de Instrucción Pública" de nuestro país. Debajo de la guarda que encierra el resultado, se observa a Cayetano Saporiti echando al corner casi sin adelantarse de la raya del arco, tal cual se estilaba por entonces. Al fondo se ve la tribuna popular repleta del viejo Parque Central, inaugurado un año antes como resultado de la insuficiencia de la cancha de Wanderers en Belvedere, inadecuada en medio del proceso de crecimiento constante que vivía el fútbol en nuestro país. A la derecha, con los brazos cruzados sobre el pecho, aparece Angel Romano, sensacional jugador que esa tarde marcara el tercer gol. Aunque faltan las rayas de cal para indicar a los fotógrafos su ubicación detrás del arco, se ve que guardan una distancia prudencial. La red está sostenida por el mismo sistema que se emplea actualmente en el Estadio Centenario, después de la experiencia desechada de los caños de hierro.

EQUIPOS DEL 12

NACIONAL: Demarchi (De Valois); F. Castellino (O. Crocker) y Foglino (F. Crocker); A. Landoni (Nogara), A. Porte y Vanzzino (Oromi), V. Módena (Lista), Dacal (Sau), L. Gorla, R. Vallarino (Gesuelle) y Somma (E. Peppo).

CURCC (Peñarol): Crossley (Eguía); Ronzoni (Broggi) y Raffo; Betucci (C. Camacho), Harley y Savio (G. Manito); Romano (Mazzullo), Quaglia, Piendibene, C. Scarone (E. Varela) y P. Zibechi (Plazaola).

WANDERERS: Saporiti; Miguel y Martín Aphesteguy; Altamirano, Rébori y J. López; Marques Castro, Raúl y Carlos Bastos (Maissonave), Canavessi y Zumarán.

RIVER PLATE: Cavallotti; José y Miguel Benincasa (Buggiani); J. García (Macchiavello), O. Sanz y R. Ríos; Lagos, Ribeyro, Bruno, S. Raymonda y P. Seoane (Risso).

BRISTOL: Cocchi; L. Carbone y Artigas (Landó); J. Pacheco, J. M. Durán Guani (Marques Castro) y Zuazú; N. Ferreiro, Cantury (Díaz), Novoa (Urrestarazú), Morton y J. C. Campisteguy.

CENTRAL: Balmelli; Caballero y Ferrando; Casales (Volpi), Juan Delgado y F. Broncini (Vázquez); Reta, A. Broncini (Labadie), Dagosto, Rodríguez y Laserre.

UNIVERSAL: Solans (Lurati); Nassolino y Granja (Velloso); Garrido, Denevi (Viola) y Rebagliatti (Martínez); Carreras, Damiano (Caviglia), Minoli, Insargaray (Pedutto) y Farinasso.

DUBLIN (abandonó el torneo): De Vecchi; I. Montecoral y Pochintesta; Iturralde, C. Marques Castro y M. Magariños; Benitez, Crael, V. Barbat, A. Marques Castro y Bazet.

100 AÑOS DE fútbol

JOSE PIENDIBENE, "EL MAESTRO"

En veinte años de actividad ininterrumpida en el equipo superior de Peñarol y la selección celeste, José Piendibene sólo fue Campeón Uruguayo en cinco y dos veces Campeón Sudamericano. La escisión le impidió entar en Colombes y Amsterdam le halló cerca del fin de su actividad. Sin embargo —y aquí reside el mejor homenaje a su extraordinaria figura— fue llamado sin distinciones "el maestro" en el fútbol del país más laureado del mundo.

EL CUADRO DEL 12:
SUS CUATRO PARTIDOS

1912

Agosto 15: URUGUAY 2 ARGENTINA 0

En el Parque Central. — Copa Lipton. Referí: A. Saralegui (urug.).
URUGUAY: C. Saporiti; J. Benincasa y Martín Aphesteguy; J. G. Pacheco, J. M. Durán Guani y A. Foglino; V. Módena, P. Dacal, J. Piendibene, C. Scarone y A. Romano.
ARGENTINA: C. T. Wilson; J. G. Brown y J. D. Brown; J. Morroni, M. Susan y E. Brown; A. Ohaco, A. Ameal, G. Dannhaer, H. Hayes y J. Viale.
Goles: Dacal y Scarone.

Agosto 25: URUGUAY 3 ARGENTINA 0

En el Parque Central. — Premio de Honor Uruguayo. Referí: L. Peyrou (uruguayo).
URUGUAY: C. Saporiti; J. Benincasa y Martín Aphesteguy; J. G. Pacheco, J. M. Durán Guani y A. Foglino; V. Módena, P. Dacal, J. Piendibene, C. Scarone y A. Romano.
ARGENTINA: C. T. Wilson; J. G. Brown y J. D. Brown; C. P. Russ M. Susan y E. Brown; M. P. González, A. P. Watson Hutton, R. S. Buck, H. Hayes y J. Viale.
Goles: Dacal, Scarone y Romano.

Setiembre 22: URUGUAY 1 ARGENTINA 0

En G. y Esgrima de Buenos Aires (Palermo). — Premio de Honor Argentino. Referí: G. Jordan (británico).
URUGUAY: C. Saporiti; J. Benincasa y Martín Aphesteguy; J. G. Pacheco, J. M. Durán Guani y A. Foglino; V. Módena, P. Dacal, J. Piendibene, C. Scarone y A. Romano.
ARGENTINA: J. J. Rithner; A. Apraiz y A. Reparaz; J. Johnston, Emilio Sande y G. Badaracco; P. Bleo Journal "Calomino", A. Márquez, A. Piaggio, S. Sayanes y P. Polimeni.
Gol de Piendibene.

Octubre 6: URUGUAY 3 ARGENTINA 3

En Avellaneda (Cancha de Racing). — Copa Newton. Referí: H. Alfano (argentino).
URUGUAY: C. Saporiti; J. Benincasa y Martín Aphesteguy; J. G. Pacheco, J. M. Durán Guani y A. Foglino; V. Módena, P. Dacal, J. Piendibene, C. Scarone y A. Romano.
ARGENTINA: C. T. Wilson; J. G. Brown y J. D. Brown; A. Chiappe, C. P. Russ y Pablo Molina; A. P. Watson Hutton, M. Susan, H. Hayes, M. P. González y J. Viale.
Goles: Romano, Dacal y Scarone (urug.); Viale 2 y Watson Hutton (arg.).



En la cancha de Gimnasia y Esgrima en Buenos Aires, el equipo uruguayo se alinea para la fotografía antes del partido del 22 de setiembre de 1912: Piendibene, según su costumbre, está de pie, segundo desde la izquierda. Argentina amontonó sus hombres atrás tratando de arrancar un empate sin goles, pero "el maestro" vencería a Rithner en el minuto 79. Al día siguiente "La Nación" comentaba entre otras cosas: "No ha actuado en nuestros fields hasta hoy, un quinteto que combinase en igual forma perfecta y lucida".

zas flotaban en el ambiente, acariciadas por un anhelo consolador: Durán podía llegar a tiempo todavía... Habíamos llegado a las 3 y 5 y recién entonces, a raíz de un acentuado rumor, aparecieron los jugadores al field. Los primeros en hacerlo fueron los argentinos encabezados por Jorge Brown. El público, sin la confirmación de la llegada de Durán, se mostraba impaciente. Interín, los argentinos iniciaron la acostumbrada práctica, ensayando la seguridad de sus piernas, mediante algunos tiros al arco. Dos minutos después hicieron su entrada los componentes del team uruguayo. Los mejores aplausos estallaron entonces, pues Durán, esa incógnita que había querido castigar todas sus esperanzas, apareció con ellos. Por todas partes los aplausos persistieron, tal vez insinuando en esa forma los primeros alientos ante la perspectiva de la lucha, que se presentaba como nunca briosa, reñida, demasiado reñida quizá para nuestros colores. Pero con la aparición de Durán en el team, algunas posibilidades optimistas se insinuaron cariñosamente. Era una suerte para los nuestros que esto hubiera sucedido. Y el público, comprendiéndolo así, ha redoblado sus más entusiastas manifestaciones".

Y bien; ¿quién era y qué representaba en el equipo de 1912 ese jugador Durán que de tal manera enfervorizaba a las masas populares ante el temor de su ausencia? Fue en su momento el más grande número 5 del fútbol uruguayo, puesto al que se consideraba y se continuó considerando por mucho tiempo la llave del cuadro. Podría faltar cualquier otro jugador sin que se resintiera en forma notoria el rendimiento del conjunto, pero en aquel equipo había dos hombres imprescindibles por la gravitación que ejercían: Durán y Piendibene, los ejes de la defensa y el ataque respectivamente. La figura del "maestro" le ha ganado su batalla al tiempo y continúa siendo tan grande hoy como en las épocas en las que enardecía a las muchedumbres con su arte, al cabo de veinte años de trajinar por las canchas de América.

José María Durán, en cambio, se fue del fútbol a los veintitrés años —en 1913— cuando la vida le planteó esta disyuntiva: el fútbol o los estudios jurídicos. Renunció al primero, y hoy, a los setenta y nueve años —perdón viejo amigo por descubrir el secreto— con su prestigioso bufete profesional, pasea su prestancia física en un verdadero milagro, como si la vida se hubiera detenido para él al día siguiente de colgar sus zapatos de futbol o su equipo de remero de la máxima categoría, defendiendo sus queridos colores del Montevideo Rowing.

La galería de los grandes centrehalves nativos empezó con él y se fue continuando a través de Juan Delgado, Alfredo Zibechi, José Vidal, Lorenzo Fernández, Alvaro Gestido, para cerrarse con el nombre homérico de Obdulio Varela. Pero quien quisiera discernir entre ellos quién pudo ser el mejor, se planteará un problema que sólo podrá resolver en función de elementos de juicio al margen de las estrictas exigencias de la técnica futbolística, para dar paso a una simpatía personal o a una devoción partidaria.

Al cabo de los años, el mismo Durán evoca con una sonrisa un tanto melancólica el motivo de su retraso en aquella oportunidad. Como entonces no se habían inventado las concentraciones y cada hombre debía procurarse el acceso al campo de juego por sus propios medios, debió sufrir las consecuencias de los atrasos en los horarios de los clásicos tranvías de La Comercial que por 18 de Julio y 8 de Octubre, conducían al Parque Central. Exactamente igual que hoy, cuando la compañía inglesa desapareció para dar paso a las empresas criollas. Lo que se hereda no se hurta.

Las medallas del Ministerio local quedaron en poder de los integrantes de la escuadra celeste, triunfadores con un amplio 3 a 0, señalados por Dacal, Scarone y Romano respectivamente, habiendo malogrado el entreala derecho la ejecución de un tiro penal, dirigido a las manos de Wilson, el gran guardameta argentino.

No obstante las notorias diferencias en el marcador, las crónicas hablan de un encuentro más parejo que el de la Lipton, explicable, sin embargo, por la contundencia de la delantera magistralmente orientada por José Piendibene.

Recogemos de una de las publicadas al día siguiente al partido: "Adelantémosnos a declarar que el juego fue en general superior al del match por la Copa Lipton. Por lo tanto, el team argentino, superior al anterior por los jugadores escogidos, desarrolló mejor juego tanto en la línea media como en el quinteto delantero, donde hubo combinaciones. Frente a un adversario así, que había hecho sustituciones con un lógico afán de desquite, el team uruguayo comprendió que debía multiplicar sus fuerzas. Fue pues, el partido de ayer una empeñosa lucha, con detalles de viril encarnizamiento. A pesar de esto, no se descendió a brusquedades que, después de todo, sólo podían haber demostrado que ninguno de quienes las emplearan merecían estar en el field. Concretándonos a la manera de jugar, diremos que uno y otro team han actuado bien. Ambos combinaron con precisión, aunque más los uruguayos, pues sus contrarios, obedeciendo a una táctica común en ellos, sacrificaron alguna vez los pases a las acometidas individuales que ya han hecho su época".

En esta observación del cronista, está implícita la diferencia de escuela que separó a los adversarios de aquella tarde histórica. El sistema escocés, adoptado en nuestro medio desde la incorporación de Harley, derrotaba una vez más como había sucedido en las luchas internas entre ellos, al modelo inglés que continuaba imperando en Buenos Aires. La combinación de la delantera celeste, imponiéndose al accionar individual de los discípulos de Alumni.

Un colega argentino fue más preciso y concreto al estampar: "El team uruguayo es en su conjunto de una admirable armonía. Buena defensa que apoya el ataque y excelente línea delantera, cuya combinación de insuperable maestría, lleva a pensar en el célebre Southampton, que nos visitara hace años, cuando nos dio la más brillante lección de fútbol que hayamos recibido de un equipo inglés".

Apenas ocho años habían transcurrido desde que ese conjunto británico derrotara a nuestra selección de principios del siglo por ocho a uno! En tan breve lapso el fútbol uruguayo había evolucionado como para provocar en el cronista argentino de "El Diario" de Buenos Aires, la idea de una semejanza como la transcripta. Al cabo de ese tiempo, se repetía la brillante lección, ahora por cuenta de un equipo uruguayo.

"LA NACION": EN EL PLATA, SIN PARANGONES

El fútbol de enfrente apuraba por entonces una de sus acostumbradas crisis de dirección. Frente a la vieja Liga Argentina se levantaba la Federación, rama disidente que se jactaba de tener en sus filas a la más auténtica representación del deporte del país. La Federación tuvo la idea de provocar la presentación del equipo uruguayo antes de la disputa de la Copa Newton —de tradición semejante a la Lipton— fijada para el día 6 de octubre de ese mismo año 12. A esos efectos, se cursó la invitación de rigor al amparo de la liberalidad que existía en cuanto a no respetar el principio, hoy poco menos que sagrado, de la afiliación internacional.

El 22 de setiembre, en el viejo y prestigioso campo del club Gimnasia y Esgrima de la capital porteña, se jugó el partido. Uruguay, en cierto modo comprometido a ello, presentó su cuadro habitual, el mismo que había alcanzado las dos victorias que quedan reseñadas. La Federación



Carlos Scarone en su época de jugador del CURCC, titular inamovible de las selecciones de entonces. José Piendibene afirmaba que no conoció otro futbolista de sus condiciones.

En la tarde "del gol de Piendibene", ante un estadio de Gimnasia y Esgrima que resultó chico, los malabaristas uruguayos desplegaron su arte para vencer a los dueños de casa. Romano maniobra en el área chica, su marcador queda atrás, él la acomoda para la "zurda" mientras otro defensa se aproxima.



convocó a lo mejor de que disponía, entre los que figuraron hombres ya entonces de gran prestigio y otros destinados a alcanzarlo a breve plazo.

Rithner, que discutía con Wilson y casi de inmediato con Carlos Isola el derecho al título de mejor arquero; Apraiz y Reparaz, pareja de zagueros de rápida consagración internacional; Johnston, Sande y Badaracco integraron la línea media, siendo los dos últimos figuras de gran relieve en los años sucesivos, Calomino (¿quién no lo recuerda en sus campañas de Boca Juniors y de los combinados de su país en la década del 10?), Marqués, de quien lealmente no podemos suministrar información alguna, siempre que no esté equivocado el dato de donde se extrajo la información, Piaggio, Sayanes y Polimeni, con hondo prestigio internacional a través de los nombramientos a que ya se habían hecho acreedores, fueron los encargados de demostrar a su público que "no era tan fiero el león como lo pintaban" los de la Liga Argentina. Y a fe que casi lo logran.

El partido —se lo hemos oído contar a Piendibene en tantas oportunidades— se jugó en el área penal del locatario. En el afán de no dar oportunidad al quinteto oriental para que derrotara su ciudadela, todo el conjunto de la casa se congregó en su zona fuerte, sin otra preocupación que mantener el cero a cero inicial. Finalmente a los 79' "el maestro" consiguió el gol. El resultado habrá sido parco, pero el elogio de la crítica argentina fue desbordante ante la actuación del conjunto montevideano.

Así dijo "La Nación": "El cuadro visitante repitió ayer sus matches anteriores. Fue el mismo gran team que venció en la Lipton y en el Premio del Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay. Fuerte en todos los puestos de la defensa, sin una sola falta que aminorase su homogeneidad ni su poder en esa parte, ofreció en el ataque una magnífica demostración de la ciencia del juego. No ha actuado en nuestros fields hasta hoy un quinteto que combinase en igual forma perfecta y lucida. Para encontrar un término de comparación, tendríamos que recurrir a cuadros extranjeros. Ni aun en los mejores tiempos de nuestro fútbol se presentó un conjunto que se entendiese mejor. Posiblemente, hemos tenido, individualmente, jugadores más brillantes. En la acción colectiva, esa línea que actuó ayer supera a cualquiera de las que hemos visto en los encuentros rioplatense. Frente a semejante cuadro que demuestra en forma elocuente los progresos del fútbol uruguayo, la tarea del nuestro fue realmente ardua. Contener a cinco forwards bien apoyados por una línea de halves, y sobre todo, a cinco forwads que sólo piensan en combinar, prescindiendo en todo lo posible de la habilidad individual, es trabajo difícil para cualquier defensa. Debió serlo doblemente para la del cuadro argentino, que sobre su estreno en internacionales, iba al match con el handicap considerable que significaban el merecido prestigio de su rival y sus éxitos anteriores. Perder por sólo un gol en semejantes circunstancias, es honroso".

El público en la cancha de Gimnasia despidió con aplausos cerrados la exhibición celeste que acababan de presenciar cuando terminó el partido. Obsérvese por las vestimentas que el fútbol tenía en aquellos años mucho de reunión social. Los clubes por su parte comenzaban a preocuparse por brindar en sus estadios las mayores comodidades. La cancha de Gimnasia tenía una tribuna techada y servicios completos de confitería donde se servía té, chocolate, café y refrescos. Despuntaba "la industria del espectáculo" a través de la mágica atracción del fútbol importado a estas tierras por los ingleses.



Es honroso, sin duda, en función del esfuerzo realizado pero al mismo tiempo es homenaje y reconocimiento a la eximia categoría del vencedor.

EMPATE QUE SALVO EL HONOR

Nos abocamos a la consideración del último capítulo de esta historia magnífica, que, por cierto, se tiñó de una honda dramaticidad, más profunda quizá por la sorpresa que lo caracterizó.



José Benincasa. El caricaturista de "La Semana" le representa con un sonajero en la mano izquierda: quería simbolizar lo que tenía de acérrimo enemigo de la violencia para jugar. El verso que acompaña la caricatura dice "Este benjamín valiente/del grupo internacional/ ha de ser, sin duda alguna/una gloria...nacional.



Pedro Zibechi, el primero de una familia de grandes futbolistas. Hermano de Alfredo y Armando, ambos centre-halves, fue el puntero izquierdo del año 10. El verso dice así: "El caricaturizado/ en esta caricatura/ se caracterizó/ por su gallarda figura/ Pues su "cebecita de oro"/ y su diminuto pie/ es honor del victorioso/ cuadro del "cuerrecece".



En el Parque Central, el 25 de agosto de 1912, un fotógrafo inquieto registró la avidez del público.

El 6 de octubre se disputaba en Buenos Aires la Copa Newton.

Al margen de lo que significaba en sí, el partido no ofrecía mayor aliciente en el orden deportivo por la superioridad indiscutible que los "celestes" habían impuesto en las dos oportunidades anteriores. Era un partido más. Y en ese orden de ideas arribaron unos y otros al campo de Racing en Avellaneda, dándose la circunstancia, por otra parte esperada, de que mientras Uruguay repetía su alineación triunfante en los compromisos ya jugados, la Liga local intentaba el último esfuerzo, introduciendo nuevas modificaciones que le dieron esta fisonomía: Wilson, Juan y Jorge Brown; Chiappe, Russ y Pablo Molina; Watson Hutton, Maximiliano Susán, Harry Hayes, M. González y Viale.

A los 38' Uruguay se imponía fácilmente como consecuencia de dos tantos señalados por Romano y Dacal, respectivamente, fruto por lo demás de una superioridad que no merecía objeciones de ninguna índole. Ni siquiera cuando allá a los 44 y cuando se esperaba la orden del árbitro para el descanso reglamentario, se le ocurrió a Arnoldo Watson Hutton dirigir un tiro desde larga distancia que sorprendió a Saporiti sin que éste atinara a la más elemental defensa. ¡Qué importaba! Era simple cuestión de que "Gaitanín" no volviera a "dormirse" y todo concluído.

Pero estaba escrito que ese día los hados se habían conjurado para arbitrar una dolorosa sorpresa contra el favorito de la cátedra.

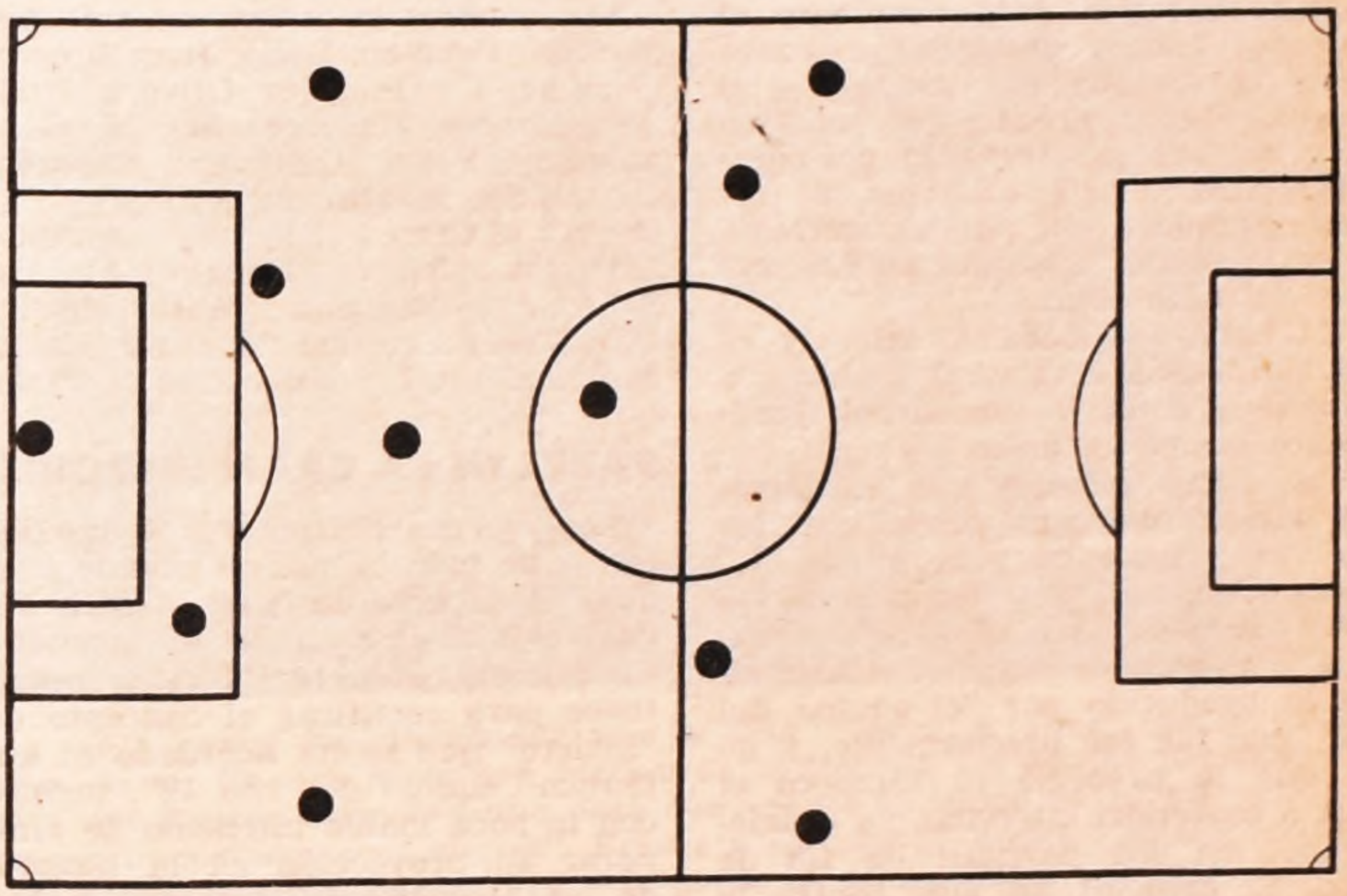
Ya iniciado el segudo tiempo, se vio que el binomio Aphesteguy-Foglino no funcionaba bien, sin que apareciera a primera vista en qué consistía la falla de aquel sector defensivo. Así mientras Durán se "recostaba" al punto vulnerable de la izquierda, Jorge Pacheco se corría hacia el centro, confiando a la pericia de José Benincasa —"el impasable"— la custodia del rosarino Viale, cuyo recuerdo obliga a pensar en su compatriota Enrique García —"el poeta de la zurda" como dio en llamársele— para encontrar un similar al cabo de treinta años de fútbol argentino. Y sucedió lo inexplicable: a los 61' y 69' Viale cruzó como un meteoro por la zona derecha de la retaguardia oriental sin que Benincasa intentara un recurso, para abatir a Saporiti en las dos oportunidades, transformando una segura derrota en una probable victoria local.

Parecía inaudito y sin embargo, estaba a punto de ser una estruendosa realidad. Pero como en el mito de Anteo, que cobraba nuevas fuerzas al contacto con la tierra cuando era derribado en la lucha, se irguió frente a la adversidad el invicto equipo del 12 y fue a buscar el empate.

El enemigo no era tanto el equipo adversario como el reloj que corría implacable hacia los 90', amparados los albicelestes en un amontonamiento de casacas levantadas en el camino del impulso oriental, orientado en el ardoroso entusiasmo de José María Durán y en la maestría inigualáda de José Piendibene.

Y fue a los 78 minutos cuando Durán habilitó al centro delantero que emprendió carera hacia el arco de Wilson, amagando con una de sus famosas "cortadas". Pero cuando Juan y Jorge Brown se le cerraron

EN EL 12 SE JUGABA ASI



El eje del equipo era el cetrohalf. Serlo requería condiciones excepcionales: habilidad para quitar, habilidad para pasar la pelota y habilidad para cubrir la cancha y la espera del rechazo defensivo contrario. En avance la pelota iba generalmente a alguno de los centrales. Difícilmente se jugaba directamente a los punteros porque entonces se aplicaba el sistema escocés de defensa: se defendía "en zona" excepto en las puntas, donde los marcadores "encimaban" a los punteros sobre la raya. Por gravitación de Piendibene en aquel equipo, en general se jugaba en su dirección. Entonces sus compañeros de línea se alineaban escalonados en "v". Por lo común se habla de que "el centrohalf marcaba a los tres centrales", lo que no es así: marcaba un sector tratando de obligar al delantero a desplazarse hacia los costados. El axioma era no permitir nunca que el forward avanzara con la pelota en línea recta. La función del zaguero izquierdo era cubrir el otro sector, siempre en posición retrasada respecto al centrohalf, pero delante del zaguero derecho. La función de éste constituía un verdadero "líbero" pero con una particularidad: atendía el juego por ejemplo de su derecha a la línea de toque. No jugaba como lo hacen los zagueros sueltos de hoy, "barriendo" a derecha e izquierda. El otro sector lo atendía el zaguero izquierdo. El golero sólo actuaba en el arco. Saporiti algo pesado pero muy seguro de manos, no salía de los palos. Quizá el primero en hacerlo haya sido Andrés Mazali.

C. L. G.

en el camino, Piendibene tuvo la intuición genial de buscar a su izquierda el remate mortífero de "Scarone el grande" —como se le llamó cuando apareció en las canchas el inmenso Héctor destinado a continuar la dinastía del apellido— al tiempo que le gritaba poniendo en el grito toda la esperanza del equipo: "Tirá...". Y allá fue el remate fulmíneo del notable entreala para incrustar la pelota en las mallas del arco local.

El honor quedaba a salvo y el equipo pasaba a integrar la historia grande y única de un fútbol igualmente grande y único.

Los pocos minutos que quedaban no alcanzaron para reivindicar los méritos uruguayos y la pitada determinó un relativo traspiés en la gran campaña del año. Tres victorias y un empate integran el balance de lo producido por "el equipo del 12", que fue ése precisamente, y no el que le precedió ni tampoco el que a posteriori intervino, ya desmedrado, en dos partidos de fin de año. El primero, se jugó contra la selección rosarina en la ciudad del Paraná por la Copa Asociación donada por don Mariano Reyna —jugador, dirigente y magnífico juez de fútbol— y en el que se impuso el team oriental integrado por Santiago Demarchi; J. Benincasa y José Pedro Zuazú; Pacheco, Durán y Foglino; Módena, Dacal, Ricardo Vallarino —más tarde muy buen árbitro—, Pedro Seoane y Santiago Raymonda, por cuatro a cero con goles de Dacal, Vallarino y Seoane en dos oportunidades. El segundo, determinó un éxito argentino en un match de beneficencia realizado en el Parque Central el 1° de diciembre, ganando el visitante por tres a uno en alargue, por haber igualado el marcador en un tanto por bando en el tiempo reglamentario.

Los cuadros se intgraron así: Argentina: Pearson, Bello, Juan Brown, Chiappe, C. González Olivari, Rodgers, Ameal, Marcovecchio, M. González y Viale. Uruguay: Saporiti, Castellino, Martín Aphesteguy, Pacheco, Durán, Foglino, Antonio Márquez Castro, Dacal, Quaglia, Scarone y Romano. Tantos de M. González y Scarone de penal. En el complemento, Marcovecchio y Viale.

PARTE DE LA GRAN HISTORIA

Los eternos detractores —que los hay— de todo lo que de grande produjo el deporte del país, dentro del cual el fútbol aparece en primerísimo plano, recurren a estos resultados para rectificar el concepto de "invicto" que se ha acordado al auténtico "equipo del año 12", incluso con la poca loable intención de aminorar su proyección en la historia de las competencias internacionales, bajo el mezquino argumento de agrupar en un solo lote y bajo la misma responsabilidad todos los resultados del año, cualquiera que fuere la integración de los distintos equipos que hubieran vestido la blusa celeste. Lamentablemente no se trata de un fenómeno aislado. Es el mismo que surgió en 1924, cuando al regreso del "cuadro olímpico invicto", se hizo caudal de aquella derrota sufrida en el campo de Sportivo Barracas frente a la selección argentina, cuando el conjunto uruguayo era una borrosa sombra del que asombrara a los públicos y a la crítica de la vieja Europa, que llegaron a comparar a las huestes capitaneadas por José Nassazzi como superiores incluso a los mejores profesionales del Albion.

Sólo que la rectificación no tardó en poner la verdad en su sitio, cuando apenas un mes después y ya recompuesto a medias el campeón, volvió a ganar el Campeonato Sudamericano —más difícil según los periodistas argentinos que la propia Olimpíada— embotellando al adversario blanquiceleste en la final en el año donde fuera "canonizado" Américo Tesorieri, y no obstante las ausencias irremplazables de Leandro Andrade, José Vidal y Héctor Scarone.

Los que presenciaron la Cruzada de Colombes sostienen —seguramente de buena fe— que el Campeón Olímpico fue superior al del 12. Nosotros, que lamentablemente no presenciamos la hazaña del 24, no podemos compartir tal aseveración. Pero creemos hacerle merecido honor a tan formidable expresión futbolística, si admitimos que quien fue su heredera directa —1930— está por lo menos, a la altura de la que capitaneara con el señorío que lo caracterizó en los campos de fútbol y en la vida, aquel caballero del deporte que fue y es Jorge Pacheco.

No está en nuestros propósitos plantear tal controversia. Todos esos equipos y otros más, integran la gran historia del fútbol uruguayo, a cuyo conocimiento por las generaciones de hoy hemos querido contribuir como un medio de familiarizarlas con quienes fueron estableciendo las etapas en que se fundamenta su grandeza, sin par en el mundo.



Vicente Módena, Pablo Dacal, José Piendibene, Carlos Scarone y Pedro Zibechi fueron la base de la revolución técnica operada en la tarde del 15 de agosto de 1910. Las circunstancias quisieron también que justamente ese día se estrenara la camiseta celeste por la selección nacional. "El juego de servicio corto es arte que no vive en todas las mentalidades" decía la doctrina escocesa que ellos recogieron y llevaron al cenit. De la gran formación de 1912 falta Angel Romano. Zibechi era algo veterano por entonces y el formidable jugador primero del CURCC y luego de Nacional, habría de sustituirle casi de inmediato.

ANGEL ROMANO: JUGADOR PARA EL ASOMBRO



Esta vieja postal fue distribuida por la casa "Lacey & Sons", de la calle Maipú 95 en Buenos Aires con motivo de la llegada del equipo profesional inglés del Exeter City: era una casa que vendía artículos de fútbol "directamente importados de Londres". Frente a ese equipo Angel Romano formó en la selección argentina e hizo tres goles en otros tantos partidos. Tenía 18 años apenas y era ídolo en la selección albiceleste, en Boca Juniors, en Nacional y en Peñarol simultáneamente: la reglamentación y Romano hicieron posible el milagro.

Cuentan que era capaz de pasar frente al arco dribleando y olvidarse de hacer el gol. Así era Angel Romano, que llenó el fútbol del Plata del 10 al 30, jugador para el asombro, para para la finta indescifrable, para cualquier puesto. Ciento veinticinco veces internacional, debutó a los 16 años contra Argentina, 155 goles para Nacional, figura en el 12, goleador de los Sudamericanos del 17 y del 20, seleccionado argentino en el 14, campeón olímpico en el 24, llamado "Maestro de Maestros" por la crítica española en la gira preolímpica, considerado por el periodista porteño Carlos Marini como "el mejor jugador de todos los tiempos".

Su historia es una, su personalidad una, sus devociones fueron su única novia y mujer y el fútbol: verlo y jugarlo. Una casa en Estero Bellaco y Tuyutí lo vio nacer, por allí, por el Parque Central, que por el año 10 comenzaba a sufrir la invasión irrefrenable de la botijada del barrio. El club de cuello duro debía desabrochárselo. Angel Romano y compañía convertirían a Nacional en el club de pueblo que es ahora.

Después de jugar como arquero y como 9 en la Tercera, Castellino (back del primero) lo "descubrió" y el "Indio" Castillo se lo promete maduro para el año 10. Debuta a los 15 años contra Peñarol, pero paradójicamente son los aurinegros los que consiguen su pase. Juega durante 1911 y 1912 con la aurinegra y la celeste. Integra la archifamosa delantera de 1912. Ya es famoso a los 17 años, pero su ambición es volver a vestir la tricolor.

"¡Qué cuadro ése del 12! Fue el mejor de todos. Y mire que yo jugué en el 17, en el 24 y en la gira de Nacional del 25. Pero como aquello no hubo. ¡Módena y Dacal! ¡Qué ala! Entraban tocando, tuya y mía. ¡Qué inteligente Módena, cómo ponía la pelota! ¡Y Pendi! Entrábamos en abanico, tuya y mía. Con Carlos Scarone jugábamos de memoria: él la jugaba entre el back y el half. Cuando Pendi me hacía una seña, yo sabía que iba para mí. Cuando la agarraba, amagaba por afuera, me metía por adentro, frenaba, amagaba otra vez por afuera y se la metía a Pendi. Después él la ponía donde se le antojaba. ¡Ese era fútbol!"

A los 76 años todavía vive esas jugadas. Se levanta de la mesa, mueve la cintura con vivacidad. En el 12 se jugaba el fútbol escocés, el de Juan Harley, el del pase corto, el malabarismo y la cortada, el fútbol químicamente puro en recursos técnicos, el fútbol puro de espíritu, quizá el fútbol del "loco" Romano con su envidiable locura, la del que se brinda como es, la del que hace lo que siente y lo trasmite. Fue el inventor de la jugada de llevarla, pisarla y seguir corriendo llevándose la marca sin pelota, dejándola a un compañero o volviendo a buscarla.

Marcarlo era un suplicio. Olazar, centrohalf de Racing y de las selecciones argentinas, decía que a Piendibene se le podía marcar, que se podía perder y ganar frente a él, pero que Romano hacía cualquier cosa y siempre una distinta.

Va con la Selección Uruguaya a Buenos Aires y el Presidente de Boca le pregunta si jugaría para su equipo. Romano tenía 18 años y contesta que con la autorización de sus padres, sí. El asunto sale. Llega a Buenos Aires y debuta contra Rosario Central en Rosario, haciendo ala con Calomino. Gana Boca 4 a 3, con dos goles de Calomino y dos de Romano. Vuelve en andas a Buenos Aires. Se lesiona el back izquierdo y Romano juega de back izquierdo. Llega el equipo inglés Exeter City para jugar contra la Selección Argentina y Romano es designado. Es el primer uruguayo que juega con la albiceleste y hace 3 goles en 3 partidos. Cuando no jugaba Boca venía a Montevideo a jugar amistosos con Peñarol y Nacional. La reglamentación lo permitía. **"Mi arreglo con Boca era casa, comida, $ 150 y un empleo en Bunge y Born, donde yo hacía como que trabajaba".**

"¡Qué ala hicimos con Calomino, cómo hacía la bicicleta! Yo la agarraba y avanzaba. Cuando me salía un back, le decía: agarrala; y se la cortaba por el medio. Los goles que hicimos así. Un día le digo: mirá, te voy a enseñar cómo se consigue un penal. Agarré la pelota y me metí en el área. Me marcaba Juan Brown. La empecé a pisar y a amagar. Tomala. Agarrala. Hasta que ¡zás! al suelo. Penal".

En 1915 Nacional lo reimporta. En ese mismo año, en un partido que le ganan 3 a 1 a Peñarol, elude a 6 aurinegros y hace un gol de antología, el mejor que recuerdan las crónicas de la época. En el 16 y el 17 juega de centroforward y **"nunca jugó nadie como él en ese puesto"**, según el Dr. Gallardo. **"En el fútbol argentino la pelota se jugaba más larga y el juego era menos individualista. Y yo un poco me contagié"**, dice Romano.

El viejo Dublín sale de gira por Brasil y se refuerza. Van los Benincasa, Santos Urdinarán, Héctor Scarone y también Romano. **"Jugamos**



Fue el inventor de la jugada de llevarla, pisarla y dejarla para sí o para alguien que venía detrás. llevándose a su marcador para limpiarle el camino. El famoso Olazar se refería a él como a un "inmarcable": su imaginación y sus portentosas cualidades físicas posibilitaban la jugada más inesperada. La fotografía corresponde al partido jugado frente a Suiza por la Olimpíada de 1924: Angel Romano fue el representante de la gloriosa "generación del 12" en la eclosión mundial del fútbol uruguayo.

el primer partido contra Botafogo y ganamos 5 a 1. Los periodistas brasileños fueron al hotel y nos dijeron que Botafogo era un equipo flojo, que iba a ser muy distinto contra el América, campeón brasileño; que tenían un arquero, Ferreira, que era una maravilla. Yo les dije que les íbamos a ganar y que le iba a hacer un gol; que me iba a meter en el arco con la pelota. Que se lo iba a ofrecer al Sr. Lauro Muller, Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil, que se había portado como fierro con nosotros."

"Empezó el partido y yo hice un gol y González otro. Faltando 20 minutos yo le dije a Héctor: lo hago ahora. El me metió la pelota, yo la dejé pasar entre las piernas, me fui solo, le amagué a Ferreira, se me tiró, lo eludí y me metí en el arco con la pelota. Después, Muller me dijo que nunca había visto un gol igual y me regaló un alfiler de corbata con brillantes."

En el año 16, se inaugura la disputa de la Copa Río de la Plata entre Racing y Nacional, campeones de Argentina y Uruguay. Nacional ganó acá y después allá 2 a 0, con goles de Romano.

"Una de las emociones de mi vida fue al volver a Montevideo. Bajamos todos del vapor de la carrera y se acerca un coche muy bonito. Baja un hombre y pregunta: dónde está Romano. Me adelanté y entonces me envolvió en una enorme bandera uruguaya. Sabe qué lindo."

Ese mismo año conoce a su única novia y mujer. "Resulta que Vanzzilo estaba hablando con una muchacha que era hermana del "Tito" Borjas. Y un día me dijo que me iba a presentar a una amiga que era muy linda y muy buena, así salíamos juntos. Yo le dije que sí pero que no me comprometía a salir siempre. Pero me enamoré de ella y me le declaré. Después quise casarme pero yo estaba seguro de que los padres de ella me iban a preguntar en qué trabajaba. Era la época del Sudamericano del 17 y lo fui a ver a don José Batlle y Ordóñez y le dije que si no tenía empleo, los padres de ella no me iban a querer para yerno. Me contestó que si salíamos campeones, no habría problema. Salimos, entré en la UTE y me casé." Y ahora son cuatro hijos, diez nietos y cuatro biznietos el producto de ese matrimonio tan ligado al fútbol, tan puro y simple como Angel Romano. Siguió acumulando glorias. Goleador del Sudamericano del 17, repite en el 20 en Chile, donde es elegido el mejor jugador del Campeonato.

"En el 24 ya era otro fútbol. Jugaba Petrone, que pateaba y corría como nadie. Era otro juego. Yo jugaba con él pero me gustaba verlo desde atrás del arco rival. Me gustaba tanto que un día, en la gira preolímpica, me hice el lastimado para no jugar y poder verlo. Hizo un golazo y yo lo grité saltando. Entonces se dio cuenta de que me había avivado y no sabés las cosas que me dijo."

En el 30 dejó de jugar. Había actuado en Peñarol, Nacional, Uruguay, Argentina y Boca Juniors. De arquero, back izquierdo, centrohalf y en los cinco puestos de la delantera en Nacional y en la selección uruguaya.

Este es el "loco" Romano. Inyección de pueblo y espontaneidad en el aristocrático Nacional del 10. Ejemplar típico del fútbol y la técnica criolla. Vivo, hábil, alegre, bromista. "El que me marcaba bien era el negro Juan Delgado, porque me hacía chistes y me hacía perder la pelota". Fue jugador de equipo por superávit de habilidad: "en Colombes, Nasazzi me pedía que la tuviera para que todos descansaran. Y yo no la largaba hasta que me decía basta." Fue una historia viva de la auténtica garra: "cuando alguien me daba una patada (mire cómo tengo las piernas) yo le decía: por cada una te voy a hacer un dribble que la gente se va a reír de vos" y lo buscaba de nuevo.

Jugó corto y lujoso en el 12; largo y lujoso en Buenos Aires; corto y largo en su vuelta al Uruguay. Jugó como sólo Angel Romano podía hacerlo.

RAFAEL BAYCE



Angel Romano unió la gran generación del 12 con la primera conquista olímpica.

EL PROXIMO JUEVES APARECE

HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FUTBOL

DIONISIO A. VERA (DAVY)

Desde el instante en que grupos de estudiantes universitarios decidieron tomar partido por toda una tendencia que en el país se oponía a la hegemonía extranjera, la gloria comenzó a tejer su manto para cubrir al Club Nacional de Football. A tantos años de aquella irrupción en las canchas, Dionisio Alejandro Vera (Davy) repasa los hechos más trascendentes en la vida del gran club, y lamenta —como todos nosotros— no disponer de más páginas para poder entregarle todo el material que disponemos: los primeros pasos, los grandes equipos, las memorables figuras, los títulos conquistados a lo ancho del mundo, y además, la lámina en colores del equipo superior 1969.

PLAN DE LA COLECCION

1. LOS ALBORES DEL FÚTBOL URUGUAYO. Franklin Morales.
2. LOS CAUDILLOS. Carlos Soto.
3. EL FÚTBOL DEL 12. César L. Gallardo.
4. HISTORIA DEL CLUB NACIONAL DE FOOTBALL. Dionisio A. Vera.
5. URUGUAYOS Y ARGENTINOS. Eduardo Gutiérrez Cortinas.
6. HISTORIA DEL CLUB ATLETICO PEÑAROL. Ulises Badano.
7. LOS MAESTROS. César L. Gallardo.
8. HISTORIA DE LOS "CLASICOS". Eduardo Gutiérrez Cortinas.
9. 1924: COLOMBES. Carlos Manini Ríos.
10. GOLES Y GOLEADORES. Ricardo Lombardo.
11. 1928: AMSTERDAM. Julio Bayce.
12. LOS NEGROS EN EL FÚTBOL URUGUAYO. Eduardo Gutiérrez Cortinas.
13. EL MUNDIAL DEL 30. Carlos Martínez Moreno
14. EL REGIMEN PROFESIONAL. Franklin Morales.
15. LOS CAMPEONATOS. SUDAMERICANOS.
16. EL FÚTBOL DEL INTERIOR.
17. EL NACIONAL DEL 40.
18. LA COPA URUGUAYA.
19. 1950: MARACANÁ.
20. LA EVOLUCIÓN DE LAS TÁCTICAS.
21. PEÑAROL CAMPEÓN DEL MUNDO.
22. LOS JUGADORES INTERNACIONALES.
23. EL MUNDO DEL FÚTBOL.
24. LOS ARQUEROS.
25. LA GARRA CELESTE.
26. EL CUADRO IDEAL DE TODOS LOS TIEMPOS
27. LA COPA DEL MUNDO.
28. MÉXICO 70.

LA EDITORIAL PODRÁ MODIFICAR ESTOS TÍTULOS O SU ORDEN.

TODOS LOS JUEVES

1 CAPITULO DEL FUTBOL MAS GLORIOSO CON 1 LAMINA CENTRAL EN COLORES

EJEMPLAR DE COLECCION